

Consideraciones psicoanalíticas sobre las conductas agresivas en la infancia: una propuesta de intervención analítica

*Psychoanalytic considerations about aggressive behavior
in childhood: a proposed analytical procedure*

Por Daniela Paz Fernández Olguín¹

RESUMEN

Mediante la propuesta de una intervención psicoanalítica se busca discutir acerca de la manifestación de las conductas agresivas en los niños, con el fin de conceptualizarlas como la expresión de un sufrimiento psíquico en el menor y su familia, y no sólo como una problemática conductual.

Palabras clave: Agresividad - Agresión - Constitución psíquica - Psicoanálisis

ABSTRACT

The proposal for a psychoanalytic intervention seeks to discuss the manifestation of aggressive behavior in children, so they are intended as an expression of psychological distress in the child and family, and not only as a behavioral problems.

Keywords: Aggressive - Aggression - Mental constitution - Psychoanalysis

¹Psicóloga, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Magíster en Psicología Clínica con Niños y Jóvenes, Universidad Alberto Hurtado. Docente en Universidad Andrés Bello, Quillota 980, Viña del Mar, Chile. E-Mail: daniela.paz.f@gmail.com

El problema del diagnóstico de las conductas agresivas en los niños

Dentro de la psicología infanto juvenil el diagnóstico de las conductas agresivas en los niños y niñas ha tenido distintos puntos de discusión e intervención, siendo definidas como conductas desadaptativas que buscan ser eliminadas, con el fin de que el niño y la niña pueda integrarse y adaptarse a las normas sociales en las que convive (Ferro, Vives & Ascanio, 2009). A partir de esto, ha emergido como una sintomatología cada vez más recurrente en la clínica infantil, sobre todo dando cuenta de una aparición cada vez más temprana. Frente a esta problemática, surge como propuesta un análisis psicoanalítico teórico y clínico, mediante la integración de viñetas clínicas de un caso en particular, con el cual puedan proponerse y construir nuevos modos de análisis e intervención de este tipo de conductas, cada vez más presentes en el trabajo clínico.

La agresividad y la agresión desde la perspectiva psicoanalítica

En la clínica infantil existe el constante cuestionamiento tanto teórico como práctico sobre la posibilidad de pensar la agresividad como una realidad indiscutible en la infancia, planteando que no debe remitirse solamente a las “conductas observables”, sino también a una “elaboración interna vivida, sentida y expresada por el sujeto en una conducta interiorizada o exteriorizada, cuyo origen permanece incomprensible para el observador externo a no ser desde una posición de empatía intuitiva” (Marcelli & Ajuriaguerra, 1996: 221).

De este modo, para el psicoanálisis, la agresividad es un concepto mucho más complejo que lo observable, ya que es referida como un punto de constitución importante en la gestión del encuentro con el otro, la simbolización y la constitución de la subjetividad. A partir de su estudio de los complejos (1938), Lacan da cuenta de la importancia que tiene en la agresividad la condición de prematuración psicobiológica con el cual el ser humano nace, que lo lleva a experimentar la “etapa del cuerpo fragmentado”, en la cual el bebé tiene la sensación de que los fragmentos del cuerpo funcionan de forma independiente. En esta etapa existe una descoordinación motriz y de dependencia ante la madre, quien es representado como Otro lugar de cuidados, nutrición y seducción, que marca el cuerpo del bebé con sus propios significantes y deseos. De este modo, durante esta etapa se ponen en juego distintas vivencias que constituirán en el sujeto el encuentro con la fragmentación, como crisis a nivel de subjetivación y psiquismo (Rojas, 2011).

Tal fragmentación será unificada en el “Estadio del Espejo”, momento en el cual la primacía de la imago materna es relevada por la imago del semejante, con la cual el bebé podrá anticipar la unidad de su propio cuerpo, a través de la contemplación en el espejo y con lo cual se posibilita la construcción del yo ideal que otorgue una

unidad posible al Yo: “El estadio del espejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se sucederán desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad, y a la armadura por fin asumida de un identidad enajenante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental” (Lacan, 1948: 105).

La vivencia del cuerpo fragmentado se relaciona entonces con las vivencias de desintegración agresiva del individuo, pero que sería resuelta gracias a la imago del semejante “salvadora” (Lacan, 1948: 105) que facilitará la conquista de la unidad del propio cuerpo, pero con la posibilidad de verse atrapado por la imagen del otro. Entonces, la imagen del semejante es también peligrosa, ya que es intrusiva de la propia relación que se sostiene con la madre, desarrollándose sentimientos de celos que también marcará la fase de transítivismo en la cual “cada compañero confunde la parte del otro con la suya propia y se identifica con él; pero también la de que puede mantener esa relación con una participación realmente insignificante de ese otro, y vivir toda la situación por sí solo” (Lacan, 1938: 20).

La identificación con la imago del otro no deja de ser compleja, ya que moviliza sentimientos de que lo que Lacan denominará “agresividad primordial” que parte debido a los celos emergentes por la intrusión de este otro semejante. Para Rojas (2011), es el transítivismo y el complejo de intrusión los elementos que nos permiten acercarnos a la comprensión que para Lacan posee la agresividad en la constitución del sujeto. Lacan (1948) definirá la agresividad como una tendencia vinculada a la identificación narcisista, la cual determina la estructura del Yo y sus relaciones con el mundo, diferenciando también la agresividad en tanto posición del Yo y la agresión, en tanto conducta observable. La agresividad no es la agresión, ya que la intención agresiva (experiencia con la que se da la agresividad) es constitutiva del sujeto; mientras que la agresión, tendencia agresiva o acto agresivo sería la expresión de lo pulsional en una puesta en acto. Así, para Lacan (1948) la agresividad es dada por una imagen de fragmentación corporal, opuesta a la completud imaginaria dada por el Estadio del Espejo.

El momento de la identificación narcisista con la imago del semejante en el espejo expone la ambivalencia estructural, momento en que opera una tensión conflictiva en el sujeto: el deseo alienado en el otro, dándose un escenario en el cual se ponen en juego sujeto, semejante y objeto, anterior a la triangulación edípica, mediante la competencia de los celos, siempre agresiva (Lacan, 1948).

Así, para Lacan, la agresividad es parte de los movimientos de un psiquismo en constitución -complementando la noción freudiana de la agresividad como actuación o efecto de la pulsión de muerte-, cuando el otro semejante deviene como intrusivo, y si bien en su relación se asume dependiente del semejante, también debe rivalizar de por vida con este. Y uno de los momentos más

críticos de esta dinámica en la problemática edípica: “La noción de una agresividad como tensión correlativa de la estructura narcisista en el devenir del sujeto permite comprender en una función muy simplemente formulada toda clase de accidentes de atipias de este devenir. Indicaremos aquí cómo concebimos su enlace dialéctico con la función del Complejo de Edipo” (Lacan, 1948, p.109). Sin embargo, esta dependencia no es sólo del niño, sino también para sus padres: “Muy poco podría decirse acerca del efecto de la palabra materna y paterna si no se tuviese en cuenta la ley a la que están sometidas y que el discurso impone” (Aulagnier, 1975: 159).

La agresividad surge de este modo a partir del nuevo dominio imaginario que el sujeto tiene sobre su cuerpo, ahora como unidad, pero sustentada a partir de la presencia de un semejante que pasa a competir. En esta dialéctica de amor y odio surge la llamada “ambivalencia”, ya que si bien el otro semejante se hace necesario para la constitución subjetiva, a su vez se hace necesaria su diferenciación. Por esto, la agresividad surge también como deseo del sujeto a poder diferenciar su cuerpo del cuerpo del semejante, por el temor a caer en una alienación total en la imagen del otro: “El deseo –establecido en un momento lógico posterior-, es el intento de despejarse de esa imagen que lo capturó, de manera que se instaure como lo más propio de cada sujeto” (Barbato, 2004: 5). La relación agresiva es constitutiva entonces del Yo y es en el momento edípico en el cual se “resuelve” esta presencia del otro intrusivo y la dinámica del deseo en la constitución subjetiva, en la cual surge el deseo de poseer lo que el otro desea, otro que al mismo tiempo me priva de este objeto de deseo.

En el Complejo de Edipo se volverán a reactivar estos componentes agresivos, en tanto la figura parental se posiciona como objeto de deseo y se produce la triangulación entre sujeto, semejante y objeto. A partir de esta triangulación edípica se introduce la alteridad como realidad social y la mediación de los intercambios sexuales para cada sujeto. Este Complejo representa una salida posible al transítivismo, los celos, la agresividad y la ambivalencia descritas, mediante una modificación identificatoria; transformándose en una posibilidad para no quedar atrapado en la relación especular, aunque esto sea siempre parcial (Rojas, 2011).

Otro autor psicoanalítico que entrega conceptualizaciones para comprender la agresividad es Donald Winnicott, quien también trabaja en torno a la conceptualización del Estadio del Espejo, pero no relacionándolo directamente con la experiencia de la agresividad, sino que destacando el proceso de la separación, entre el yo y el no yo: “el primer espejo es el rostro de la madre, y que una de las funciones de la madre, de ambos padres y de la familia es proporcionar un espejo, figurativamente hablando, en el cual el niño puede verse. El niño no puede usar a los padres y a la familia como espejo, a menos que rija este permiso de permisividad para que él o ella sean ellos mismos, aceptado totalmente sin evaluación ni presión para que cambien” (Winnicott, 1979: 244). El transítivismo mencionado por Lacan se vislumbra para

Winnicott a través de lo transicional, es decir, de la creación de un objeto subjetivo que no se diferencia entre lo real y lo fantaseado, sino que está en un plano intermedio.

Al mismo tiempo, Winnicott (1950) otorga una relevancia importante al ambiente en la constitución del psiquismo, pero aun así considera que la agresividad está presente antes de que se integre la personalidad, pero sin una finalidad destructiva, que sería una denominación desde el ambiente. La agresividad sería parte del crecimiento, considerando entonces la agresión como un evento que indicaría que el curso del desarrollo vital tomó esa línea. Podría mencionarse que para que la agresividad siga un curso de desarrollo y no de expresión de la agresión se requiere un nuevo acto psíquico que permita la instalación de la unificación del yo, en el cual el cuerpo pulsional se integra (Freud, 1914). Y para esto, el rol del ambiente es fundamental.

Por esto, a modo de discusión y con el fin de ilustrar las modalidades de un dispositivo de intervención psicoanalítica en el trabajo con niños que presentan conductas agresivas, se ilustraran algunos fragmentos de un caso clínico de un menor que presentaba de forma sostenida en el tiempo esta sintomatología.

El caso de Pablo: una propuesta de intervención analítica frente a las conductas agresivas en niños

Pablo tiene 4 años y es llevado a atención en consulta particular debido a la recomendación de tratamiento psicológico externo que el colegio al cual asiste ha realizado desde hace más de un año, debido a las rabietas y conductas agresivas que Pablo presenta en el colegio, las cuales han causado agresiones hacia la profesora y otros niños de su curso, mordidos y golpeados.

Pablo es hijo único. Su madre y padre son profesionales y ambos tienen 34 años. Se conocen 6 meses antes del nacimiento de Pablo, manteniendo la relación de pareja hasta la fecha y conviviendo con su hijo. En la primera entrevista en la consulta, a la cual asiste Pablo, su madre y su padre, la madre refiere: “Pablo tiene mal carácter, es un niño difícil. Cuando tenía dos años tuvo que ingresar a un jardín infantil porque trabajamos mucho con su papá. Todo iba bien ese año, pero ya en diciembre comenzó con rabietas de la nada, me gritaba a mí, al papá, a la profesora, mordía, rompía cosas... Esto ha continuado hasta ahora, por períodos mejor y otros mucho peor”. Ante la pregunta respecto de por qué Pablo reaccionaría así, manifiestan que han sostenido la idea de que esto es un capricho del niño y que intenta manipularlos.

En la entrevista posterior –también con toda la familia– el padre refiere: “es agresivo, siempre reacciona mal... yo sé que no le gusta el colegio, pero tiene que aguantar, dicen ahí que es mala influencia porque los niños pueden imitarlo y ser agresivos también, pero creemos que él debe continuar ahí, la vida es así, no siempre uno está donde quiere. Es que un niño de 4 años no le puede ganar a los adultos”. Durante la entrevista el niño se mantiene tranquilo, jugando, explorando el lugar. Después de unos 40

minutos, empieza a manifestar su molestia, llorando y exclamando “me quiero ir a la casita”; la madre le dice que se calme, pero en vez de esto, progresivamente comienza a llorar, gritar y pedir la mano de la madre para morderla. La madre, en un gesto que parece de cansancio, le pasa su mano para que la muerda, mientras el padre observa.

La propuesta de intervención frente a la sintomatología descrita se inscribe en las intervenciones analíticas (Bleichmar, 2004), buscando problematizar cuáles son los significantes que propician este tipo de comportamientos, realizando una intervención sobre los actores de la estructura edípica, y respecto a la puesta en discurso de una historización respecto al niño en tanto sujeto con un sufrimiento psíquico que busca manifestar mediante la agresión a otros y a sí mismo. Así, la intervención para esta sintomatología en niños con estas conductas puede pensarse a partir del rescate de elementos fundamentales en la constitución psíquica: la simbolización, los actores de la estructura edípica y sobre la construcción de un discurso parental, en el cual niño pueda advenir en tanto sujeto inscrito en un discurso historizado respecto a su subjetividad y no sólo como un sujeto a normalizar y adaptar. Frente a esto, surge como intervención inicial durante las entrevistas con los padres movilizar el discurso de ellos frente a Pablo, instalando la noción de malestar psíquico del niño que parece ser descargado con la agresión con el fin de propiciar la construcción del discurso parental en torno a este, así como promover su posicionamiento como actores de la estructura edípica.

El indagar clínicamente el desarrollo de estas llamadas “conductas agresivas”, además del posicionamiento de los padres en el cual se sostiene la preocupación respecto a cómo cambiar a las conductas del niño, hace necesario comenzar a propiciar la puesta en discurso de los padres desde su lugar parental, dentro del cual ellos se posicionan como sujetos activos y transformadores en la subjetivación de su hijo, apelando por ejemplo a no esperar que el niño se calmara solo, ya que esto obliga al niño a autocontrolarse, acción subjetiva para la cual no está preparado y que favorece la experiencia de fragmentación e incluso de derrumbe, como plantea Winnicott (1963).

En el caso de Pablo, durante el transcurso del primer mes de intervención analítica, a través del trabajo con los padres proponiendo la rectificación del lugar de Pablo como sujeto con un sufrimiento psíquico que busca expresar mediante estas conductas, la madre anuncia: “Creemos que es mejor cambiarlo de colegio, a uno que este más cerca de nuestra casa. Pensamos que es mucho para un niño de su edad pasar casi 12 horas fuera de su casa, acordamos con mi mamá y mi suegra que nos ayudaran a cuidarlo”. De este modo, este primer movimiento podría inscribirse en lo que Winnicott (1950) refería respecto a la necesaria la presencia ambiental, que mediante acciones específicas y psíquicas logre integrar esta energía agresiva frente a contextos que sobrepasan las capacidades de metabolización del niño.

Así se hace necesario dentro de la intervención analítica instalar la comprensión de que estas “pataletas” tienen una significación particular como modo de comuni-

cación desde el niño hacia el ambiente, debido a que en su constitución psíquica la ligazón de otros modos de modular tales afectos se adquiere como un proceso en el tiempo y no como una característica innata, la cual como menciona Bleichmar (1993) no existe desde los comienzos de la vida, sino que es producto fundante en el interior de la relación sexualizante con el semejante, ya sea la madre, el padre o los otros pares, relación que como refiere Lacan (1948) genera una tensión y fragilidad frente al encuentro con el otro. En el caso de Pablo, la madre describe que intentó establecer el “tiempo fuera” en los momentos de pataletas de Pablo y “terminó con su cara rasguñada, llorando, rojo”, mostrando un desborde de angustia respecto a una situación de derrumbamiento frente a la cual estaba solo, bajo las expectativas de los padres de que sus recursos bastarían para calmarse, olvidando que el tiempo y espacio no son categorías innatas, sino construcciones que son efecto de la diferenciación que la instauración del yo inscribe en el inconsciente (Bleichmar, 1993).

A partir de la comprensión de la conducta agresiva como una modalidad de expresión de cierto sufrimiento psíquico es que los padres pueden construir la idea de un niño que también sufre. Una propuesta de intervención analítica puede construirse a partir del trabajo con los padres pensando como los tiempos responden a los ideales del yo paternos que se ponen en cuestionamiento en este tipo de sintomatologías infantiles, atravesando las condiciones psíquicas del menor, sin considerar los productos de la represión originaria que ofrece significantes definitivos a las representaciones inscritas en los tiempos iniciales de la sexualización (Bleichmar, 1993). A partir de esto puede discutirse en conjunto con los padres cómo se tiende a instalar este comportamiento como algo que no pueden tomar, en vez de interpretarlo como la emergencia de algo en su hijo, pareciendo que los padres temen hacerse cargo de las experiencias negativas del niño, situación que parece ser común en los cuadros de conductas disruptivas en la infancia.

De este modo, en la sintomatología de las conductas agresivas en los niños, pareciera que no existiera otro que dé contribución psíquica para que se le ayude a mediar la descarga afectiva, ya que se tiende a ofrecer una identidad a partir de la imposibilidad de construir un dispositivo que interprete la acción agresiva como un malestar o sufrimiento, lógica que pertenece a nuestros tiempos actuales en donde las soluciones deben ser inmediatas. Bajo esto, es necesario a su vez plantear a los padres que en este espacio no habrán maniobras para cambiar al niño, sino más bien preguntarse qué pasa con el niño y su espacio. En esta dirección, pueden explorarse las relaciones que se construyen entre la represión originaria y los movimientos posteriores –facilitados por los padres– que la fundan y la consolidan, ofreciendo a través de la observaciones de estas conductas investigar en torno a los momentos tempranos de la fundación de lo inconsciente. Es a través de la intervención directa con los padres, que las conductas agresivas pueden ser un espacio para promover a nivel metapsicológico la diferenciación

de sistemas, cuando aun el inconsciente está en construcción, como en el caso de Pablo.

Este proceso de subjetivación del niño comienza a abrirse para los padres en el transcurso del proceso, reconociendo la necesidad de elementos que para ellos como adultos no tienen sentido, pero que son de suma importancia para la constitución de su hijo y requieren ser rectificadas. Un ejemplo es menciones a algunos juegos y creencias animistas del menor que los padres relataban en un tono de burla, coartando el espacio de la ilusión y fantasía, un espacio transicional que facilite también la puesta en juego de la agresividad de un modo no actuado, sino que representado y creativo, por lo cual se hace necesario trabajar la importancia de la ilusión en el desarrollo psíquico del niño, en tanto posibilidad de confianza en la capacidad de creación que cada sujeto posee (Winnicott, 1979).

Conclusiones

En el caso ilustrado, las reflexiones descritas se trabajan durante la intervención analítica hasta su finalización, considerando que al niño se le comience a pensar también en la construcción frente a sus experiencias, pudiendo concluirse que en estos casos una intervención analítica puede facilitar la significación de las conductas agresivas, con el fin de posibilitar la construcción de un discurso parental en el cual el niño pueda advenir que propicie la instalación de procesos a nivel metapsicológico que faciliten la significación posterior del niño de lo irrepresentable. En este caso, existe una tendencia de individualizar la problemática en el niño, exigiéndole significar sus afectos, denotando una pobreza del discurso parental.

Como refiere Lacan (1936), se requiere diferenciar entre agresividad y agresión, estando implícita la conceptualización de la ambivalencia en los momentos tempranos: transformación de amor en odio y de odio en amor. La tensión agresiva entre la imagen especular y el cuerpo real está mediatizada por este otro, el cual genera confusión y frente a lo cual se propone un lugar que más que semejante en una relación idílica, sea de un lugar Otro que atesore significantes que permitan gradualmente instalar y formar un aparato psíquico en el cual estos afectos no sean vivenciados desde el desborde, como ocurrió inicialmente con las conductas agresivas del caso. Frente a esto, la imagen de la madre cediendo su mano para que Pablo mordiera y se tranquilizara da cuenta de los pocos recursos metapsicológicos otorgados en esta experiencia, pasando a ser la descarga en tanto proceso primario lo que se le ofrece al niño para mediar la agresividad, en vez de una diferenciación con el otro que instaure procesos secundarios vinculados a la simbolización de la agresión y no a la agresión concreta vehiculizada en el acto de morder.

Por esto, se apela a la reedición del “nuevo acto psíquico” descrito por Freud en “Introducción al narcisismo” (1914), en el cual se constituya una historia identificatoria que facilite la organización psíquica infantil para construir

su mundo de objetos-subjetivos, en tanto función de espejo, como refiere Winnicott (1979): “¿Qué ve el bebé cuando mira el rostro de la madre? Yo sugiero que por lo general se ve a sí mismo. En otras palabras, la madre lo mira y lo que ella parece se relaciona con lo que ve en él” (p.148. *Cursillas del autor*). De este modo, el lugar de la madre pensado como instituyente en la conformación de cierta imagen del bebé no deja de lado los elementos metapsicológicos que empiezan a articularse en este vínculo, y posteriormente ofrecer lo que derivadamente el sujeto trae a problematizar en la intervención analítica.

Las conductas en el caso de Pablo fueron reduciéndose hasta su desaparición progresiva en el tiempo. La puesta en discurso de una subjetivación de Pablo, permitió que la madre y el padre se ubicaran en el lugar de auxilio de forma más espontánea, como refiere el padre: “Nos dimos cuenta que las veces que él se enojaba o lloraba era cuando quería hacer cosas y no podía, por ejemplo cuando quería cortar la comida de su plato o abrocharse los zapatos, y eso los niños lo van aprendiendo con el tiempo”. Tal auxilio es aceptado por Pablo, lo que disminuye la aparición de “pataletas” de una forma que sorprende a los padres. Al mismo tiempo, esta sorpresa se transmite y otorga significantes que posibilitan la comprensión paulatina de Pablo a diversos contextos y situaciones afectivas, que antes lo desbordaban pero ahora parecían instalarse de forma psíquica gracias a la función parental.

En relación a lo revisado clínica y teóricamente, se debe agregar en estas intervenciones el rescate del lugar del padre en el proceso constitutivo del niño y su integración en la construcción del discurso parental: “(...) su presencia a partir de la constitución del objeto permanente le concede un estatuto particular en el desarrollo psíquico del niño” (Diatkine, 1975: 148). En tanto “no-madre”, el padre presente puede ser investido de forma más positiva que la madre lo que permite experimentar “sin peligro” los impulsos de odio hacia ella. A partir de su presencia se permite una triangulación que permite una postura que abra pensamientos y sostenga los intercambios y contradicciones. Consideraciones relevantes que promueven no sólo considerar a la madre como fundamental en el proceso temprano del niño.

El desarrollo de la intervención se encontró en el lugar de los padres, en tanto constructores de un discurso parental con mayor riqueza para su hijo, discurso que está bajo una ley que tampoco les pertenece. El otro está siempre presente en la constitución psíquica ya que forma parte de la presencia de un ambiente que medie sus experiencias, afectos y pulsiones, a partir de una función de ligazón que contenga el desborde de excitación que cada niño recibe, pero para ello es necesario que este Otro sea reconocido también como un ser en conflicto, con inconsciente y excitaciones, proceso por el cual puede desplegarse un discurso parental único como comunicación trasvasante que haga ingresar al bebé al horizonte de la castración: “(...) es la mediación del otro provisto de sexualidad y atravesado por su historia pulsional, edípica, singular, la que define la inscripción de los signi-

ficantes de base del inconsciente –enigmáticos, de demarcación, o signos de percepción” (Bleichmar, 1993: 107). La capacidad de ligazón dependerá en gran parte en la constitución de este discurso parental en tanto subjetivación como Otro, con el cual dependerá la capacidad del niño de tolerar cantidades externas e internas que lo invaden, ya que el Yo en momentos aun es inmaduro como para recoger todos los fenómenos en su omnipotencia personal (Winnicott, 1963).

La intervención clínica propone así el instaurar el lugar de otro que propicie la unificación de las vivencias tempranas de fragmentación que surgen cuando el aparato psíquico aun está en vías de constitución, instalándose la represión primaria. Es probable que Pablo, al ver la imago del otro en sus compañeros, vivenciara una experiencia demasiado intrusiva para su aparato psíquico, aumentando la sensación de fragilidad y por ende la puesta en acto de la agresión, como un modo de diferenciación desde el acto, en vez de propiciar una diferenciación desde la salida edípica, debido al lugar en que los padres habían posicionado respecto a las conductas y malestares de su hijo.

De este modo, las conductas agresivas pueden comprenderse como una descarga ante el desborde que implica la dificultad en la separación y constancia objetal, sin lograr encontrar un objeto con el cual desplazarse, ya que cada vez se hace más compleja para los padres y niños la utilización de los espacios transicionales como modo de apropiación de un espacio interno y externo mediante la creación de este: “Un intercambio significativo con el mundo, un proceso de ida y vuelta por el cual el enriquecimiento propio alterna con el descubrimiento del significado en el mundo de las cosas vistas” (Winnicott, 1979: 154).

Finalmente, se construye como intervención un nuevo posicionamiento de los padres en la estructuración de la familia y su posicionamiento subjetivo como padres que propicie la diferenciación, sobre todo debido a que los niños con conductas agresivas tienden a ser despojados de su infancia, como si existiese una disociación entre un niño adultizado y un niño que busca estar a la par en el posicionamiento de poder mediante la agresión, ya que no tiene –ni se le otorgan- mecanismos modulados de diferenciación a nivel metapsicológico y vincular.

En el caso presentado, puede proponerse cómo la vía del aprendizaje de conductas aceptadas, pensando el problema de la agresividad infantil como algo individual o interno del niño, facilita una agresión hacia el propio niño rotulado, despojándolo del lugar del ambiente y el discurso parental en tanto subjetivante a través de la constitución de una historia compartida que apuntala el psiquismo y propone un borde de significantes que modulen e integran al infante paulatinamente a la posibilidad de ligar psíquicamente el malestar mediante el sostén y habilitación del otro parental.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Barbato, C. (2004). Recorrido en torno a lo Imaginario, la Agresividad, la Anticipación y la Identidad en la obra de Jacques Lacan. <<http://es.scribd.com/doc/134856855/barbato-04-imaginario>> . Acceso el: 20 de Julio.
- Bleichmar, S. (1993). *La fundación de lo inconsciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bleichmar, S. (2004). La psicoterapia analítica como lugar de producción simbólica. *Jornada Cambio psíquico*. Montevideo, Uruguay.
- Diatkine, R. Introducción a la Teoría Psicoanalítica de la Psicopatología del Niño y del Adolescente. En Lebovici, Diatkine y Soulé (org). (1975). *Tratado de Psiquiatría del Niño y del Adolescente*. Madrid: Biblioteca Nueva. pp. 103-164.
- Freud, S. (1984). Introducción al Narcisismo. En *Obras Completas*, Sigmund Freud, Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Original publicado en 1914). pp. 65-98.
- Lacan, J. (1938). *La familia*. Buenos Aires: Argonauta.
- Lacan, J. (1948). *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Marcelli, D. & Ajuriaguerra, J. (1996). *Psicopatología del niño*. Barcelona: Editorial Masson.
- Rojas, P. (2011). El imaginario, narcisismo y agresividad en psicoanálisis: del joven Lacan a la violencia urbana. *Revista Affectio Societatis*, Vol.8, N°14, Junio del 2011. <<http://aprendeonline.udea.edu.co>> . Acceso el: 30 de Diciembre.
- Winnicott, D. (1950). *Escritos sobre pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.
- Winnicott, D. (1963). *Exploraciones Psicoanalíticas I*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1979). *Realidad y Juego*. Barcelona: Gedisa.